

LA SOMBRA DEL POZO

En las pesquisas para estos trabajos se ha tropezado varias veces seguidas con la sombra del pozo, como punto final de vidas al parecer equilibradas. Esto del equilibrio es difícil de discernir y yo mismo he supuesto su falta a priori mas de una vez ante episodios desventurados. Pura ignorancia y pobreza de experiencia.

La evolución de la vida traerá modificaciones en este aspecto porque ya no se hacen pozos en las casas y los antiguos se van inutilizando como todo lo que no se usa. Por otra parte los adelantos médicos y los cambios económicos, alargan la vida y dan mas oportunidad al hombre para agotar todas sus posibilidades y que apure, hasta la hez, como el Señor, el cáliz de sus amarguras, viendo en su evasión del mundo la seguridad única de descansar. Es, ni mas ni menos, lo que pasa con el cáncer y con la angina de pecho, como episodios tardíos, que al prolongarse el ciclo vital, se dan mas probabilidades a su aparición. Ahora recuerdo, sorprendido, haber asistido a la evolución lentísima y nauseabunda de cánceres de la cara en personas cuarentonas, con un comportamiento como cualquier ochentona de hoy. ¡Qué cambios!

No es posible que todas las personas tengan la mis-

ma entereza para soportar la desdicha hasta los extremos que la vida la lleva y por ello no es sensata la severidad para condenar a los débiles que deciden terminarla. Cuanto mas se vive se es mas indulgente y mas cauto para juzgar.

En Alcázar, las personas acorraladas han buscado salida arrojándose al pozo o al tren. En Madrid, espejo donde nos miramos para todo, solo había pozos negros tabicados, porque el agua era de Lozoya o gorda, de los viajes antiguos, la gente se arrojaba también, pero desde el Viaducto y con tanta querencia que se montó una guardia permanente para evitarlo, guardia dura, como la de las escalerillas de Palacio, por el aire tan frío que sube de la calle de Segovia. Otros se valían de armas, como don Isidro Giol, el gran médico del Hospital, que se clavó un cuchillo en el corazón por no poder aguantar su desgracia, pero en Alcázar no han abundado las armas nunca y ha sido el pozo el recurso mas usual.

La gente presiente la decisión con preocupación y temor y aluden a las malas ideas que les dan, sin atreverse a decirlas, pero pensando en eso y los familiares buscan al médico para que recete algo que evite la *fechuría*. Es chocante la actitud de los jóvenes alrededor del viejo, esperando friamente de la receta médica los efectos infalibles del cariño y del sentimiento que faltan en sus corazones hacia quien todo lo dió por ellos.

Aunque la decisión no se confirma casi nunca, porque afortunadamente estos episodios no se dan a diario, es indudable que esa idea ensombrece muchas mentes y su frecuencia ha engendrado en Alcázar ese sentimiento difuso de recuerdo hacia el Asilo en todos los actos de diversión: los pobres del Asilo que todos podemos ser si del naufragio de la vida no salvamos alguna tabla para flotar.

El Asilo es como el pozo y tiene su misma sombra, húmeda y umbría, alimentadora del moho que corroe y destruye los